

SANGRE POR PETRÓLEO: LA ESTRATEGIA ENERGÉTICA DE BUSH Y CHENEY*

MICHAEL T. KLARE

Se nos ha dicho que el petróleo no tiene nada que ver con los motivos de Washington para la invasión estadounidense a Irak en marzo de 2003. Según lo planteaba Ari Fleischer, el vocero de la Casa Blanca, a fines de 2002¹, el único interés que Estados Unidos (EUA) tiene en la región es extender la causa de la paz y la estabilidad, sin importar la capacidad [de Irak] de generar petróleo. Pero una mirada más atenta a la planificación de la guerra por parte de la Administración Bush muestra un cuadro muy diferente. Según una información respecto de los planes para proteger los pozos petroleros iraquíes en caso de guerra que se conoció en enero de 2003 brindada por un anónimo “alto funcionario de Defensa”, los líderes del Pentágono revelaron que el general Tommy Franks y su equipo “han delineado estrategias que nos permitirán asegurar y proteger esos pozos tan rápido como sea posible a efectos de preservarlos de la destrucción, para no tener que tener que entrar y limpiarlos luego”². Si estos supuestos son ciertos, y si el nuevo régimen de Bagdad abre su territorio a la exploración por parte de firmas extranjeras, Irak podría convertirse en uno de los principales proveedores de petróleo de EUA en la próxima década³.

Para apreciar cabalmente los intereses estratégicos de EUA en Irak es necesario retrotraerse a los primeros meses de la Administración Bush. Al

* Traducido por: Ruth Felder.

asumir como presidente a principios de 2001, la prioridad de política exterior de George Bush no era ni prevenir el terrorismo ni poner freno a la difusión de armas de destrucción masiva (ni ningún otro de los objetivos de política exterior que auspició luego del 11-S). Más bien, se trataba de incrementar la provisión de petróleo por parte de proveedores extranjeros a los mercados estadounidenses. Durante el año anterior había habido una severa escasez de petróleo y gas natural en muchas partes de EUA, acompañada por apagones periódicos en California. Además, las importaciones de petróleo de EUA habían crecido a más del 50% del total consumido en el país por primera vez en su historia, provocando gran ansiedad respecto de la provisión de energía a largo plazo. Por estas y otras razones, Bush afirmó en ese momento que abordar la crisis energética de la nación sería su tarea más importante⁴.

Por diversas razones, Bush y sus asesores consideraban que la respuesta a la crisis energética era un tema crítico. Para empezar, la abundancia de energía es esencial para la salud y rentabilidad de muchos de los sectores líderes de EUA, entre ellos la industria automotriz, la aeronáutica, la construcción, la petroquímica y la agricultura. En consecuencia, cualquier escasez de energía puede tener repercusiones económicas severas y penetrantes. El petróleo es especialmente crítico para la economía estadounidense porque constituye la fuente de dos quintas partes de la provisión total de energía del país —superando a cualquier otra fuente— y porque brinda la mayor parte del combustible para el transporte. Además es absolutamente esencial para la seguridad nacional de EUA, ya que mueve la vasta flota de tanques, aviones, helicópteros y barcos que constituyen la columna vertebral de su maquinaria de guerra⁵.

Dadas estas realidades, no sorprende que la entrante Administración Bush viera con gran preocupación la escasez de energía de 2000-2001. En este sentido, el Secretario de Energía, Spencer Abraham, planteaba ante la Conferencia Nacional de Energía (*National Energy Summit*) que “EUA enfrentará una gran crisis energética durante las próximas dos décadas”, y seguía diciendo que “el fracaso frente a este desafío amenazará la prosperidad de nuestra nación, comprometerá nuestra seguridad nacional y literalmente alterará nuestro estilo de vida”⁶.

Para enfrentar este desafío, el presidente Bush estableció el Grupo Nacional de Desarrollo de Políticas de Energía (*National Energy Policy Development Group*-NEPDG) integrado por altos funcionarios públicos, que tendría a su cargo el desarrollo de un plan de largo alcance tendiente a satisfacer los requerimientos energéticos de la nación. “Hay algo cierto”, Bush planteó ante el grupo en marzo de 2001, “no hay soluciones de corto

plazo... la solución para nuestra escasez de energía requiere pensar a largo plazo e implementar planes que tardarán en dar frutos”⁷. Para liderar el NEPDG y para supervisar este proceso de largo plazo, Bush eligió a su asesor político más estrecho, el vicepresidente Dick Cheney. Miembro del Partido Republicano y ex secretario de Defensa, Cheney había sido presidente y CEO de Halliburton Co., una empresa de servicios petroleros, antes de sumarse a la campaña de Bush en 2000. Cheney, a su vez, buscó el asesoramiento y las recomendaciones de altos funcionarios de las firmas energéticas de EUA, incluyendo a Enron⁸.

Ya en los inicios de la revisión de la política energética de EUA por parte del NEPDG, se vio que EUA estaba frente a la alternativa crítica de elegir entre dos posibilidades de desarrollo energético muy dispares: podía continuar en el mismo camino, consumiendo cantidades cada vez mayores de petróleo, y dada la irreversible caída de su propia producción volverse más dependiente de los suministros importados, o podía elegir una ruta alternativa, que suponía una dependencia mucho mayor de fuentes de energía renovable y una reducción gradual del uso de petróleo. La existencia de esas dos opciones y la necesidad de decidir cuál de ellas elegir eran temas largamente conocidos por los expertos en la materia. Pero fue recién con la creación de la NEPDG que esta opción crítica se convirtió en objeto de análisis en los niveles más altos.

Claramente, el resultado de esta decisión tendría profundas consecuencias para la sociedad estadounidense, la economía y la seguridad de la nación. La decisión de continuar por el camino del creciente consumo de petróleo ataría a EUA aún más firmemente a los proveedores del Golfo Pérsico y a otros países productores de petróleo, con el consecuente impacto en la política de seguridad del país. En cambio, la decisión de desarrollar una estrategia alternativa requeriría enormes inversiones en nuevas tecnologías de generación de energía y de transporte, lo que resultaría en la caída de ramas industriales enteras. En cualquier caso, EUA sufriría el impacto de su elección en su vida cotidiana y en la dinámica de la economía en su totalidad. Nadie, en EUA ni en ninguna otra parte, quedaría completamente a salvo de las consecuencias de la decisión respecto de qué estrategia energética seguir⁹.

El NEPDG revisó esas opciones durante los primeros meses de 2001 y terminó su informe a principios de mayo. Luego de un cuidadoso examen por parte de la Casa Blanca, el informe fue consagrado como la Política Nacional de Energía (*National Energy Policy-NEP*), y dado a conocer públicamente por el presidente Bush el 17 de mayo de 2001¹⁰. A primera vista, la NEP –o el “Informe Cheney”, como se lo conoció– parecía rechazar la

opción de creciente dependencia respecto del petróleo importado y optar por la conservación, la energía renovable y la mejora de la eficiencia energética. El 17 de mayo el presidente declaró que el nuevo plan “reduce la demanda promoviendo la innovación y la tecnología para convertirnos en el líder mundial en eficiencia y conservación”. También señalaba que el mismo “asegurará la investigación y desarrollo en tecnologías de ahorro de energía. Requerirá que los fabricantes produzcan artefactos más eficientes en el uso de la energía”¹¹. Pero a pesar de toda esta retórica acerca de la conservación, la NEP no propone una reducción del consumo general de petróleo de EUA, sino una desaceleración del crecimiento de su dependencia respecto del petróleo importado mediante el aumento de la producción propia a través del uso de métodos de perforación más eficientes y de la explotación de reservas no explotadas en áreas naturales protegidas.

Como se sabe, el paso más importante propuesto por la NEP para incrementar la producción fue el inicio de la perforación en el Refugio de la Vida Silvestre en el *Arctic National Wildlife Refuge* (ANWR), un área natural virgen en el noreste de Alaska de gran extensión. Esta propuesta ha sido elogiada por muchos republicanos y por intereses privados que favorecen el creciente uso de las tierras federales para el desarrollo energético, pero ha sido totalmente condenada por los ambientalistas que deploran la destrucción de un área natural prístina. El desacuerdo ha sido tan agudo que el debate acerca de la ANWR ha monopolizado la discusión pública de la NEP. Pero mientras el debate de la ANWR ha permitido que la Casa Blanca sugiriera que la administración está totalmente comprometida con una política de independencia energética, un examen más cuidadoso del informe Cheney lleva a una conclusión enteramente diferente. Más allá de la propuesta de la ANWR, no hay virtualmente nada en la NEP que contribuya a una caída significativa de la dependencia estadounidense respecto del petróleo importado. De hecho, sucede lo contrario: el objetivo básico del plan de Cheney es incrementar la provisión de petróleo por parte de los proveedores extranjeros.

En conclusión, el presidente Bush tomó una decisión clara acerca de la futura conducta energética estadounidense. La decisión no fue reducir la dependencia del petróleo importado —como lo sugirió la retórica de la Casa Blanca— sino lo contrario. Sabiendo que nada puede revertir la declinación de la producción de petróleo del país en el largo plazo, y buscando saciar la siempre creciente sed de EUA por los derivados del petróleo, la Administración eligió seguir por la senda de acrecentar la dependencia respecto del petróleo extranjero.

El hecho de que el plan energético de Bush prevea una dependencia creciente más que declinante respecto del petróleo importado no es inmediatamente visible en el comentario del presidente acerca de la NEP ni en los primeros siete capítulos del informe Cheney. Es recién en el octavo y último capítulo, “Fortaleciendo las Alianzas Globales”, que el verdadero propósito de la política de la administración –creciente dependencia respecto del petróleo importado– se vuelve claramente visible. Aquí el tono del informe cambia notoriamente, pasando de la preocupación por la conservación y la eficiencia energética a un énfasis explícito en asegurar más petróleo de fuentes externas. El capítulo 8 comienza diciendo que “la seguridad energética nacional de EUA depende de provisión de energía que sea suficiente para apoyar el crecimiento económico estadounidense y global”. Como EUA no puede obtener el petróleo requerido de sus propias reservas, debe depender de fuentes extranjeras. “Podemos fortalecer nuestra seguridad energética y la prosperidad de la economía global” trabajando con otros países para incrementar la producción global de energía. Para este fin, el informe Cheney ha dado instrucciones al presidente y sus subalternos de mayor rango de “convertir la seguridad energética en una prioridad de nuestro comercio y política exterior”¹².

Pero a la vez que reconoce la necesidad de incrementar la provisión de petróleo importado, el informe Cheney es muy circunspecto acerca de la *cantidad* de petróleo extranjero que será necesaria. La única clave brindada por el informe es un cuadro con el consumo y la producción netos históricos de EUA. De acuerdo con este cuadro, la producción de petróleo estadounidense declinará de 8,5 millones de barriles por día (mbd) en 2002 a 7 mbd en 2020, mientras que el consumo saltará de 19,5 mbd a 25,5 mbd, lo que significa que las importaciones totales deberán subir de 11 mbd a 18,5 mbd¹³. La mayoría de las recomendaciones del capítulo 8 se orientan a procurar este *incremento* del petróleo importado –aproximadamente 7,5 mbd, o el equivalente del consumo actual total de China e India sumadas.

Para facilitar el acceso de EUA a las fuentes externas de petróleo, el informe Cheney hace 35 recomendaciones de políticas –exactamente un tercio de las recomendaciones de todo el informe. A pesar de que muchas de estas propuestas se refieren específicamente a regiones o países, hay un énfasis general en la remoción de los obstáculos –políticos, económicos, legales y logísticos– que dificultan el incremento de la provisión de petróleo extranjero a EUA. Para dar sólo un ejemplo, la NEP convoca a los Secretarios de Energía, Comercio y Estado “a profundizar su diálogo comercial con Kazajstán, Azerbaiján y otros estados del Caspio, a efectos de mantener un clima de negocios energéticos y de infraestructura energética

fuerte, transparente y estable”¹⁴. Se hacen recomendaciones similares referidas a otras regiones del mundo que son vistas como futuras fuentes de petróleo importantes para EUA.

El énfasis del informe Cheney en la obtención de fuentes cada vez mayores de energía importada para satisfacer la creciente demanda de EUA tendrá un impacto importante en la política exterior del país de los próximos años. Los funcionarios norteamericanos no sólo tendrán que negociar el acceso a estas fuentes externas y disponer la clase de inversiones que harán posible el aumento de la producción y la exportación, sino que también deberán dar los pasos necesarios para que la provisión externa de petróleo a EUA no sea obstaculizada por guerras, revoluciones o desórdenes civiles. Estos imperativos regirán la política estadounidense hacia todas las regiones proveedoras de energía, especialmente el área del Golfo Pérsico, la cuenca del Mar Caspio, África y América Latina.

Como se verá a continuación, la implementación del plan energético de Cheney también estaba destinada a tener implicancias significativas para la política de seguridad estadounidense y para el despliegue y uso efectivo de las fuerzas militares estadounidenses. Esto es así porque la mayoría de los países que se espera que provean más petróleo a EUA en los próximos años están violentamente divididos por conflictos internos, guardan fuertes sentimientos antiestadounidenses, están situados en regiones peligrosas, o exhiben alguna combinación de las tres características anteriores. Esto significa que los esfuerzos estadounidenses para procurarse más petróleo de fuentes extranjeras casi seguramente enfrentarán desórdenes violentos y resistencia en las áreas productoras clave. Y mientras los funcionarios estadounidenses pueden preferir evitar el uso de la fuerza en tales situaciones, tienen todas las razones para concluir que el único camino para asegurar el flujo continuado de energía es resguardar los yacimientos petroleros y los oleoductos con soldados estadounidenses.

Para complicar el dilema de Washington, el propio despliegue de esas fuerzas estadounidenses en las áreas productoras de petróleo probablemente agite el resentimiento por parte de los habitantes de estas áreas, que temen el resurgimiento del colonialismo o que objetan algunas de las políticas estadounidenses (por ejemplo, el apoyo de Washington a Israel). Como resultado, los esfuerzos de EUA por salvaguardar el flujo de petróleo bien pueden resultar en la intensificación más que la disminución de los desórdenes y la violencia locales. Claramente, esto tiene el carácter de una escalada: cuanto más EUA dependa de petróleo importado, mayor será la probabilidad de que tenga participación militar en las áreas productoras claves y mayor es el riesgo de que esto lleve a violencia antinorteamericana¹⁵.

Para apreciar en su totalidad las múltiples consecuencias del plan energético de la Administración Bush sobre la política exterior y militar de EUA, es útil examinar los intereses y conductas estadounidenses en cada una de las regiones consideradas en Washington como las principales fuentes de petróleo importado en los próximos años. Nuestra revisión de las áreas comienza con el Golfo Pérsico –el principal proveedor de petróleo mundial– y luego se centra sucesivamente en la cuenca del Mar Caspio, la costa occidental de África y América Latina.

EL GOLFO PÉRSICO

El área del Golfo Pérsico ha sido y seguirá siendo un foco central de preocupación para la política exterior y militar estadounidense porque está situada sobre la mayor reserva mundial de petróleo inexplorado. De acuerdo con British Petroleum, los principales productores petroleros del Golfo poseen conjuntamente alrededor de 680 mil millones de barriles de petróleo, o aproximadamente dos tercios de las reservas mundiales conocidas. Los países del Golfo también lideran la producción mundial diaria, representando aproximadamente 22 millones de barriles diarios en 2000, lo que constituye alrededor del 30% de la producción mundial¹⁶. La mayoría de los analistas asumen que la participación del Golfo en la producción mundial total de petróleo crecerá significativamente, ya que la producción en otras áreas, incluyendo EUA, México, el Mar del Norte, China e Indonesia, experimenta una declinación irreversible¹⁷.

Si bien actualmente a EUA obtiene en el Golfo Pérsico sólo el 18% del total del petróleo que importa, Washington percibe un interés estratégico significativo en la estabilidad de la producción energética del Golfo porque sus principales aliados, incluyendo a Japón y los países de Europa occidental, dependen de importaciones de la región, y porque el alto nivel de exportaciones del Golfo ha ayudado a mantener los precios mundiales del petróleo, beneficiando así a la economía estadounidense, la cual es dependiente del petróleo. Con su producción interna en decadencia, EUA se volverá más dependiente de las importaciones del Golfo. Por esta razón, la NEP plantea que “esta región seguirá siendo vital para los intereses de EUA”¹⁸.

Por supuesto, EUA ha jugado un rol significativo en los asuntos del Golfo Pérsico por largo tiempo. Durante la Segunda Guerra Mundial, el presidente Franklin D. Roosevelt se encontró con Abdul-Aziz ibn Saud, el fundador de la moderna dinastía saudita, y llegó a un acuerdo con él por el cual EUA aceptó proteger a la familia real contra sus enemigos internos y externos a cambio del acceso privilegiado al petróleo saudita. En los años

siguientes, EUA también aceptó brindar asistencia para la seguridad al Sha de Irán y a los líderes de Kuwait, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos (UAE). Los acuerdos han llevado a la provisión de enormes cantidades de armas y municiones estadounidenses a estos países y, en algunos casos, al despliegue de fuerzas de combate estadounidenses¹⁹ (los vínculos de seguridad entre EUA e Irán, sin embargo, fueron cortados en enero de 1980, cuando el Sha fue derrocado por fuerzas islámicas militantes).

La política estadounidense para proteger la provisión de energía del Golfo Pérsico es precisa: cuando surja una amenaza, EUA utilizará todos los medios necesarios, incluyendo la fuerza militar, para asegurar la continuidad del flujo de petróleo. Este principio fue articulado inicialmente por el presidente Jimmy Carter en enero de 1980, luego de la invasión soviética de Afganistán y la caída del Sha, y desde entonces siguió siendo la política estadounidense. De acuerdo con este principio –conocido desde los ‘80 como la “Doctrina Carter”– EUA ha usado la fuerza en varias ocasiones: primero en 1987-88 para proteger los tanques petroleros kuwaitíes de los misiles iraníes y de los ataques navales (Operación Earnest Will), y luego en 1990-91, para sacar a las fuerzas iraquíes de Kuwait (Operación Tormenta del Desierto)²⁰.

Al explicar la necesidad de usar la fuerza en estas ocasiones, los funcionarios estadounidenses han remarcado reiteradamente la importancia que tiene el petróleo del Golfo Pérsico para la estabilidad y la prosperidad de la economía estadounidense. El 11 de septiembre de 1990, cinco semanas después de la invasión iraquí a Kuwait, el Secretario de Defensa Dick Cheney decía frente al Comité de las Fuerzas Armadas del Senado; “pienso que nuestro interés estratégico en la región del Golfo Pérsico es bien conocido, pero conviene repetirlo”. Seguía diciendo que, además de los vínculos de seguridad entre EUA y Arabia Saudita en el área, “obviamente, nosotros tenemos también un interés significativo en la energía que está en juego en el Golfo”. Irak tenía el 10% de las reservas de petróleo del mundo, y tomando Kuwait adquirió otro 10%; la ocupación de Kuwait también puso a las fuerzas iraquíes a unos pocos cientos de millas de otro 25%, en la provincia occidental de Arabia Saudita: “Una vez que [Hussein] se apropió de Kuwait y desplegó su gran ejército, quedó claramente en una posición en la que podía dictar el futuro de la política energética mundial, y esto le dio un total dominio sobre nuestra economía, así como también sobre la mayoría de las naciones del mundo”. Fue por esta razón, insistió Cheney, que EUA no tuvo otra opción que emplear la fuerza militar en la defensa de Arabia Saudita y otros estados amigos en el área²¹.

Una vez que las fuerzas iraquíes fueron expulsadas de Kuwait, EUA adoptó una política de “contención” de Irak tendiente a debilitar al régimen de Hussein y a prevenir cualquier nuevo ataque a Kuwait y Arabia Saudita, que consistió en el empleo de diversas sanciones económicas, además de la delimitación de una zona vedada a los vuelos aéreos en el norte y el sur de Irak. Al mismo tiempo, Washington expandió sustancialmente su presencia militar y su estructura de base en el área del Golfo Pérsico a efectos de facilitar futuras operaciones militares estadounidenses en la región. Más importante aún, el Departamento de Defensa “pre-posicionó” vastas cantidades de armas y municiones en Kuwait y Qatar de modo tal que las tropas estadounidenses pudieran ser enviadas a la región y entrar en combate sin tener que esperar durante semanas o meses el envío del equipamiento pesado desde EUA²².

Para principios de la primavera de 2002, la Administración Bush había llegado a la conclusión de que la política de contención no era suficiente para eliminar la amenaza que Saddam Hussein representaba para los intereses estadounidenses en el Golfo, y de que se requerían acciones más agresivas. Aunque la supuesta existencia de armas de destrucción masiva en Irak fue invocada como la principal razón para actuar de esta manera, es aleccionador notar que Dick Cheney —ahora vicepresidente— empleó virtualmente el mismo argumento que usaba en septiembre de 1990 para justificar el uso de la fuerza. “Si las ambiciones [de Hussein de adquirir armas de destrucción masiva] se concretan, las implicaciones serán enormes para Oriente Medio y para EUA”, decía Cheney ante la convención anual de Veteranos de Guerra el 26 de agosto de 2002. “Armado con un arsenal de estas armas de terror y sentado sobre el diez por ciento de las reservas petroleras del mundo, Saddam Hussein podría esperar alcanzar el dominio de todo Oriente Medio, tomar control de una gran porción de los recursos energéticos mundiales [y] amenazar directamente a los amigos de EUA en la región”²³.

Con el éxito de su invasión a Irak, parece que EUA tiene ahora firme control del área del Golfo Pérsico y de sus reservas de petróleo. Pero una evaluación realista de la situación del Golfo sugeriría que no puede asegurarse la estabilidad a largo plazo. Mirando hacia el futuro, es evidente que los decisores políticos estadounidenses enfrentan dos desafíos críticos: primero, asegurar que Arabia Saudita y otros productores del Golfo aumenten la producción de petróleo en la medida requerida por la creciente demanda estadounidense (e internacional); y segundo, proteger el régimen saudita contra el malestar y la insurrección interna.

La necesidad de incrementar la producción saudita es particularmente aguda. Poseyendo un cuarto de las reservas de petróleo conocidas en el mundo —unos 265 mil mdb— Arabia Saudita es el único país con la capacidad de satisfacer la creciente demanda estadounidense e internacional de petróleo. De acuerdo con el Departamento de Energía, la producción de petróleo de Arabia Saudita debe incrementarse en un 133% durante los próximos 25 años, esto es, pasar de 10,2 mdb en 2001 a 23,8 mdb en 2025, para satisfacer los requerimientos mundiales previstos (estimados en 119 mbd) al final del período²⁴. Pero expandir la capacidad en 13,6 mdb —el equivalente de la producción total actual de EUA y México— costará miles de millones de dólares y producirá enormes desafíos técnicos y logísticos. La mejor forma de lograr esta expansión, según creen los analistas estadounidenses, es persuadir a Arabia Saudita de que abra su sector petrolero a las inversiones de las empresas estadounidenses. De hecho, esto es exactamente lo que plantea el informe Cheney. Sin embargo, cualquier esfuerzo de Washington por presionar a Riad para que permita mayores inversiones petroleras estadounidenses en el reino probablemente encuentre resistencias importantes por parte de la familia real, la cual nacionalizó las posesiones petroleras estadounidenses en los '70 y teme ser vista como excesivamente subordinado a las órdenes de EUA.

La administración enfrenta otro problema en Arabia Saudita: la larga relación entre EUA y el régimen saudita en materia de seguridad se ha vuelto una fuente de gran tensión en el país, en la medida en que un número creciente de jóvenes sauditas se vuelve contra EUA, debido a sus lazos con Israel y a lo que se ve como prejuicios antiislámicos por parte de éste. Fue de este medio hostil a EUA que Osama bin Laden reclutó muchos de sus seguidores a fines de los '90 y obtuvo buena parte de su apoyo financiero. Luego del 11-S, el gobierno saudita ha tomado medidas enérgicas contra algunas de esas fuerzas, pero la oposición subterránea a la cooperación económica y militar con Washington persiste. Justo diez días después de que el presidente Bush declarara la “victoria” en Irak, una serie de explosiones masivas sacudieron los suburbios del noreste de Riad, destruyendo varios complejos ocupados por empresas y residentes occidentales²⁵. Hallar un modo de erradicar esta oposición mientras al mismo tiempo se persuade a Riad para que incremente la provisión de petróleo a EUA será uno de los desafíos más difíciles que enfrentarán los decisores políticos estadounidenses durante los próximos años²⁶.

EUA también enfrenta un continuo impasse en Irán. Si bien luego del 11-S los líderes iraníes expresaron su simpatía por EUA y brindaron una modesta asistencia a las fuerzas estadounidenses durante la campaña en

Afganistán, las relaciones entre los dos países permanecen tensas. Irán estaba por supuesto incluido entre los tres miembros del “eje del mal” en el discurso del presidente Bush sobre el Estado de la Unión de enero de 2002, lo cual llevó a que muchos en Teherán temieran que la victoria estadounidense en Irak estuviera seguida por una invasión a Irán. Estos miedos están agravados por la acusación estadounidense de que Irán está desarrollando armas nucleares. Y aunque estas preocupaciones no lleven al estallido de una guerra entre los dos países, es probable que las tensiones entre ambos se mantengan en un nivel elevado por un futuro previsible²⁷.

Aunque EUA seguirá dependiendo del petróleo del Golfo Pérsico por un largo tiempo, los funcionarios estadounidenses buscan minimizar esta dependencia en la medida de lo posible a través de la diversificación de las fuentes de energía importada. “La diversidad es importante, no sólo para la seguridad energética sino también para la seguridad nacional” declaraba el presidente Bush el 17 de mayo de 2001. “La excesiva dependencia respecto de cualquier fuente de energía, especialmente una fuente extranjera, nos vuelve vulnerables a los shocks de precios, las interrupciones en la provisión y, en el peor de los casos, al chantaje”²⁸. Para prevenir esto, el plan energético de la administración reclama un esfuerzo tendiente a estimular la producción en un conjunto de áreas fuera del Golfo, incluyendo la cuenca del Mar Caspio, la costa occidental de África y América Latina.

LA CUENCA DEL MAR CASPIO

Entre las áreas mencionadas, la cuenca del Mar Caspio que comprende Azerbaiján, Georgia, Kazajstán, Kirgizstan, Turkmenistán, Tayikistán y Uzbekistán, junto con áreas adyacentes de Irán y Rusia, es la que probablemente reciba mayor atención por parte de los decisores políticos estadounidenses. De acuerdo con el Departamento de Energía, esta área alberga reservas comprobadas (definidas con una probabilidad del 90%) de entre 17 mil y 33 mil millones de barriles de petróleo y reservas posibles (definidas con una probabilidad del 50%) de 233 mil mdb —una cantidad que, de confirmarse, convertiría a la región en el segundo sitio de reservas inexploradas luego del Golfo Pérsico²⁹. Para asegurar que buena parte de este petróleo llegue a los consumidores occidentales, el gobierno estadounidense ha hecho un esfuerzo extremo para desarrollar la infraestructura y el sistema de distribución de petróleo. Como el Mar Caspio está rodeado de tierra, el petróleo y el gas de la región deben ser transportados mediante oleoductos y gasoductos; cualquier esfuerzo para explotar las vastas reservas energéticas del Mar Caspio debe, por lo tanto, contemplar la construcción de líneas de exportación de larga distancia.

Durante la Administración Clinton, EUA buscó ganar acceso a las vastas reservas de petróleo del Mar Caspio por primera vez. Hasta ese momento, los estados del Caspio (excepto Irán) habían sido parte de la Unión Soviética, y por lo tanto, el acceso externo a sus reservas energéticas estaba firmemente constreñido. Una vez que esos estados se volvieron independientes, Washington desarrolló una intensa campaña diplomática para abrir sus pozos a la inversión de las empresas petroleras occidentales y para permitir la construcción de nuevos oleoductos para la exportación. El propio presidente Clinton jugó un rol clave en este esfuerzo, llamando por teléfono reiteradamente a los líderes de los países del Mar Caspio e invitándolos a visitar periódicamente la Casa Blanca³⁰. Estos esfuerzos eran esenciales, le dijo Clinton al presidente Heydar Aliyev de Azerbaijón en 1997, para “diversificar nuestras fuentes de energía y fortalecer la seguridad de nuestra nación”³¹.

El objetivo principal de la Administración Clinton durante este período fue asegurar la aprobación de las nuevas rutas de exportación del Mar Caspio hacia los mercados occidentales. Como la administración era reacia a que el petróleo del Caspio fuera transportado hacia Europa Occidental a través de Rusia (dando así a Moscú un grado de control sobre la provisión de energía a Occidente), y puesto que el transporte a través de Irán estaba prohibido por la legislación estadounidense (por su desarrollo de armas de destrucción masiva), el presidente Clinton dio su apoyo a un plan para transportar petróleo y gas desde Bakú en Azerbaijón a Ceyhan en Turquía a través de Tbilisi, en la antigua república soviética de Georgia. Antes de dejar su cargo, Clinton voló a Turquía para presidir la ceremonia de firma de un acuerdo regional que autorizaba la construcción del oleoducto Bakú-Tbilisi-Ceyhan (BTC) de u\$s 3 mil millones³².

A la vez que se concentraba en los aspectos legales y logísticos necesarios para obtener la energía del Caspio, la Administración Clinton también buscaba enfrentar la amenaza que la inestabilidad y el conflicto en la región representaban para la provisión de petróleo en el futuro. Muchos de los estados en los que EUA esperaba apoyarse para aumentar la provisión de petróleo o para transportar la energía desde el Caspio estaban desgarrados por conflictos étnicos y separatistas. Con esto en mente, la administración inició un conjunto de programas de asistencia militar tendientes a fortalecer las capacidades internas de seguridad de los estados amigos de la región. Esto supuso, entre otras cosas, la provisión de armas y entrenamiento militar a sus fuerzas, junto con la realización de ejercicios militares conjuntos. En el más notorio de estos ejercicios, la Operación CENTRAZBAT '97, alrededor de 500 paracaidistas de la División Aerotransportada 82 de la Armada fueron trasladados 7.700 millas desde Fort Bragg en Carolina del

Norte a Shymkent en Kazajstán para participar en maniobras militares conjuntas con tropas de aquel país más Kyrgyzstan y Uzbekistán³³.

Sobre la base de los esfuerzos del presidente Clinton, la Administración Bush busca acelerar la expansión de las instalaciones de producción y los oleoductos del Caspio. “Los inversores extranjeros y la tecnología son críticos para el rápido desarrollo de nuevas rutas de exportación comercialmente viables”, afirma el informe Cheney. “Estos desarrollos asegurarán que la creciente producción petrolera del Caspio se integre efectivamente al comercio petrolero mundial”. El informe pone particular énfasis en la terminación del oleoducto BTC y en el aumento de la participación de empresas estadounidenses en los proyectos energéticos del Caspio. Mirando más allá, la administración también busca construir tuberías para transportar petróleo y gas que vayan desde Kazajstán y Turkmenistán, en la costa este del Caspio, a Bakú, en la costa oeste, lo que permitirá que la energía de Asia central sea transportada hacia el oeste a través del sistema de oleoductos BTC³⁴.

Hasta el 11-S, la participación de EUA en la cuenca del Mar Caspio y Asia Central había estado restringida a los esfuerzos económicos y diplomáticos, acompañados por cierto número de acuerdos de asistencia militar. Luego, para combatir a los talibanes y Al-Qaeda en Afganistán, el Departamento de Defensa desplegó cientos de miles de tropas de combate en la región y estableció bases militares en Kyrgyzstan y Uzbekistán. Algunas de estas tropas han retornado a EUA, pero pareciera que el Departamento de Defensa planea conservar sus bases en Asia Central. De hecho, hay señales de que EUA se propone mantener una presencia militar permanente y fortalecer sus lazos con los regímenes amigos del área³⁵. Esta presencia supuestamente se orienta a brindar asistencia en la guerra contra el terrorismo, pero es claro que también se orienta a salvaguardar el flujo de petróleo. Lo más notorio, en este sentido, es la decisión de EUA de desplegar instructores militares en Georgia, que estarán destinados a brindar entrenamiento en contrainsurgencia a las unidades especiales que eventualmente deban proteger el segmento georgiano del oleoducto BTC³⁶.

Si bien la Administración Bush tiene grandes esperanzas puestas en el desarrollo de la provisión de energía del Mar Caspio, es evidente que existen muchos obstáculos que limitan el aumento de la exportación de petróleo desde la región. Algunos de estos son logísticos: hasta tanto puedan construirse los nuevos oleoductos, resultará difícil transportar grandes cantidades de petróleo desde el Mar Caspio a Occidente. Otros obstáculos son políticos y legales: los regímenes autoritarios que actualmente controlan la mayoría de las ex repúblicas soviéticas están asolados por la corrupción y

son renuentes a adoptar las reformas legales e impositivas necesarias para atraer inversiones occidentales de gran escala. En efecto, el mayor problema que enfrenta EUA en su intento de contar con la cuenca del Caspio como alternativa al Golfo Pérsico es el hecho de que el Caspio no es más estable que el Golfo, y en consecuencia, cualquier esfuerzo para garantizar la seguridad de la recepción de energía implicará el mismo tipo de compromisos militares que EUA ha sellado con sus principales proveedores de energía en el Golfo³⁷.

ÁFRICA OCCIDENTAL

Otra área a la cual la Administración Bush ve como una promisorio fuente de petróleo es África Occidental. Aunque los estados africanos representaban sólo alrededor del 10% de la producción global de petróleo en 2000, el Departamento de Energía predice que su participación va ascender al 13% para 2020 –agregando, en el proceso, otros 8,3 mbd a la oferta global³⁸. Esto es una buena noticia en Washington. “Se espera que África Occidental sea una de las fuentes de petróleo y gas para el mercado estadounidense que crezca más rápidamente”, plantea el informe Cheney. Más aún, “el petróleo africano tiende a ser de alta calidad y bajo en sulfuro”, lo cual lo hace especialmente atractivo para las refinerías estadounidenses³⁹.

La administración espera concentrar sus esfuerzos en dos países: Nigeria y Angola. Nigeria produce actualmente alrededor de 2,2 mbd, y se espera que duplique su capacidad para 2020 –y que buena parte de este excedente se destine a EUA. Pero Nigeria carece de recursos para financiar esta expansión por sí misma, y su sistema legal actual –por no mencionar la corrupción generalizada y el conflicto étnico– tiende a desalentar las inversiones de empresas externas⁴⁰. El informe Cheney llama entonces a la Secretarías de Energía y Comercio a trabajar con los funcionarios nigerianos “para mejorar el clima para el comercio, la inversión y la operación estadounidense de petróleo y gas”. Un enfoque similar inspira la postura de la administración hacia Angola. Con inversiones externas suficientes, plantea el informe Cheney, Angola “tendría potencial para duplicar sus exportaciones durante los próximos diez años”⁴¹. Pero aquí también, la corrupción endémica y el clima legal poco atractivo han desalentado las inversiones sustanciales por parte de empresas extranjeras⁴².

De modo similar a lo que sucede en la región del Caspio, el conflicto político y las guerras étnicas podrían frustrar los esfuerzos estadounidenses por obtener más petróleo de África. De hecho, buena parte de la producción de Nigeria fue paralizada durante la primavera de 2003 debido a la

violencia étnica en la región del Delta, en donde se encuentra buena parte del petróleo del interior de Nigeria. Además, activistas locales –muchas de ellas mujeres– han ocupado las instalaciones petroleras marítimas en un intento de obtener fondos adicionales para proyectos comunitarios. El crimen y el vandalismo también han dificultado los esfuerzos de Nigeria por incrementar la producción de petróleo⁴³.

Es improbable que EUA responda a estos desafíos desplegando tropas en el área –esto indudablemente evocaría imágenes de colonialismo y, entonces, provocaría fuerte oposición interna y externa. Pero Washington quiere incrementar la ayuda militar a los regímenes amigos de la región. La asistencia estadounidense a Angola y Nigeria –los dos países de mayor interés para Washington– totalizó alrededor de u\$s 300 millones durante los años fiscales 2002–2004, lo que representa un incremento significativo respecto del trienio anterior. Además, según el presupuesto estadounidense del año fiscal 2004, Angola y Nigeria son elegibles para recibir los excedentes de armamento estadounidense, según el Programa de Artículos Excedentes de Defensa del Pentágono (*Pentagon's Excess Defense Articles-EDA*)⁴⁴ (además de los mencionados, otros países africanos productores de petróleo, entre ellos Camerún, Chad, Gabón y Congo–Brazzaville, también recibirán armas estadounidenses en el marco de este programa). Y mientras el despliegue de tropas militares estadounidenses en la región no parece probable en el corto plazo, el Departamento de Defensa ha comenzado a explorar sitios potenciales para instalar bases –principalmente en las islas de Santo Tomé y Príncipe– con la expectativa de que pueda ser considerado necesario en el futuro⁴⁵.

AMÉRICA LATINA

Finalmente, el plan Cheney llama a incrementar significativamente las importaciones de petróleo de América Latina. Actualmente, EUA importa de estos países gran parte del petróleo que consume –Venezuela es actualmente el tercer proveedor de petróleo de EUA (después de Canadá y Arabia Saudita), México es el cuarto y Colombia es el séptimo– y Washington espera contar en mayor medida con el petróleo de la región en el futuro. Como lo indicaba el secretario de Energía, Spencer Abraham, “el presidente Bush reconoce no sólo la necesidad de incrementar la provisión de energía, sino también el rol crítico que el hemisferio jugará en la política energética de la administración”⁴⁶.

Al presentar estas aspiraciones a los gobiernos de la región, los funcionarios estadounidenses remarcan su deseo de establecer un marco común

de cooperación para el desarrollo energético. “Al mirar hacia el futuro, nosotros queremos destacar el enorme potencial para una mayor cooperación regional en materia de energía”, dijo Abraham a la Quinta Conferencia Hemisférica Ministerial sobre Iniciativas Energéticas en la ciudad de México del 8 de marzo de 2001. “Nuestro objetivo [es] construir relaciones entre vecinos que contribuyan a nuestra seguridad energética común; al acceso a la energía adecuado, confiable, ambientalmente confiable y asequible”⁴⁷. Pero, más allá de su sinceridad, estos comentarios pasan por alto la realidad fundamental: toda esta “cooperación” está destinada esencialmente a que cantidades de petróleo cada vez mayores obtenidas en la región sean canalizadas hacia EUA.

El plan energético de Bush enfatiza particularmente la adquisición de más petróleo de México y Venezuela. “México es una fuente líder y confiable de petróleo importado”, observa el informe Cheney. “Su gran base de reservas, aproximadamente 25% más grande que nuestras reservas comprobadas, convierte a México en la probable fuente de la mayor producción de petróleo durante la próxima década”⁴⁸. Venezuela es considerada vital para los planes energéticos estadounidenses porque posee grandes reservas de petróleo convencional, y porque alberga una gran cantidad del denominado petróleo pesado —un material que parece lodo y que puede ser convertido en petróleo convencional mediante un costoso proceso de refinamiento. De acuerdo con la NEP, “el éxito que ha tenido Venezuela al hacer que el petróleo pesado se volviera comercialmente viable sugiere que el país contribuirá sustancialmente a diversificar la provisión global de energía y a hacer que nuestra propia provisión de energía combine diversas fuentes en el mediano y largo plazo”⁴⁹.

Pero el propósito de utilizar la abundante oferta de energía de México y Venezuela encontrará una gran dificultad: debido a la larga historia de depredación colonial e imperial, ambos países han mantenido sus reservas de energía bajo control estatal y han establecido fuertes barreras legales y constitucionales a la participación extranjera en la producción petrolera nacional. Así, aunque estos países traten de capitalizar los beneficios económicos del incremento de las exportaciones de petróleo a EUA, probablemente resistan tanto el aumento de la participación estadounidense en su industria energética como también cualquier aumento significativo en la extracción de petróleo. Esta resistencia será sin duda frustrante para los funcionarios estadounidenses, que persiguen exactamente estos fines. La NEP llama entonces a las Secretarías de Comercio, Energía y Estado a ejercer influencia sobre sus contrapartes latinoamericanas para eliminar o mitigar las barreras al crecimiento de las inversiones petroleras estadounidenses.

Es probable que estos intentos encuentren resistencias particularmente fuertes en Venezuela, donde la producción de petróleo ha estado por mucho tiempo bajo control del estado. Una nueva constitución adoptada en 1999 prohíbe las inversiones extranjeras en el sector petrolero, y el presidente Chávez ha dado otros pasos para impedir estas inversiones. Luego de una prolongada huelga general organizada por sus opositores a fines de 2002 y principios de 2003, Chávez tomó control efectivo de la empresa petrolera estatal, Petróleos de Venezuela SA (PDVSA) y despidió a los gerentes considerados más proclives a vincularse con las firmas extranjeras⁵⁰ (aunque no se sabe que EUA haya tenido una participación directa en la huelga, muchos de sus líderes habían sido cálidamente recibidos en Washington y habían recibido señales de simpatía para su causa por parte de la administración). En la medida en que Chávez permanezca en el poder, es improbable que Washington avance demasiado en su intento de aumentar las inversiones estadounidenses en la industria petrolera de Venezuela.

Las consideraciones acerca de la energía también podrán ser prioritarias en las relaciones de EUA con Colombia. Si bien Colombia es famosa por su rol como proveedora de drogas ilegales, también es una importante proveedora de petróleo a EUA. Los esfuerzos por aumentar la producción petrolera de Colombia se han visto obstaculizados por frecuentes ataques a instalaciones y oleoductos por parte de grupos guerrilleros contrarios al gobierno⁵¹. Argumentado que estos grupos también brindan protección a los traficantes de drogas, EUA está asistiendo al ejército y la policía colombianos en sus esfuerzos por suprimir a la guerrilla. Es más, bajo una apropiación especial otorgada por el congreso en 2002, instructores militares estadounidenses están brindando entrenamiento en contrainsurgencia a las fuerzas colombianas asignadas para proteger las 500 millas del oleoducto Caño Limón, que conecta las áreas petroleras del interior con las refinerías e instalaciones para la exportación en la costa del Caribe⁵². Así, EUA probablemente se involucre crecientemente en la guerra civil en Colombia en su búsqueda de fuentes de energía adicionales.

EL NEXO ENERGÍA-SEGURIDAD: LAS RELACIONES ENTRE EL PLAN ENERGÉTICO Y MILITAR DE BUSH

Las consecuencias de todo lo anterior son inequívocas: en su intento por aumentar las importaciones de petróleo, EUA se está inmiscuyendo cada vez más profundamente en los asuntos internos de las naciones proveedoras de petróleo y, en este proceso, se está exponiendo a un riesgo creciente de verse envuelto en situaciones conflictivas locales y regionales. Esta realidad ya ha teñido las relaciones de EUA con las principales naciones petro-

leras y seguramente tendrá mayor impacto en el futuro. Y, como hemos visto, la creciente dependencia estadounidense respecto de estos países probablemente sea acompañada por la mayor presencia de las fuerzas militares estadounidenses en los mismos.

Sin embargo la NEP no reconoce en ningún momento esta realidad fundamental. En cambio, el plan de Cheney se centra en las dimensiones económicas y diplomáticas de la política energética de EUA –sugiriendo que los dilemas energéticos del país pueden de algún modo superarse en esta forma. Pero los arquitectos de la política Bush/Cheney lo saben: un plan energético que supone la mayor dependencia respecto de los países del Golfo Pérsico y de otros proveedores situados en áreas de conflicto recurrente no podrá limitarse a usar mecanismos económicos y diplomáticos para vencer toda amenaza imaginable a los intereses energéticos estadounidenses. En algún momento, podría resultar imposible asegurar el acceso a determinadas fuentes de petróleo sin el uso de la fuerza militar.

Es en este sentido que uno no puede sino sorprenderse por los claros paralelismos entre la política energética de la administración y su estrategia militar preferida. Para apreciar en toda su magnitud la superposición entre las políticas energética y de seguridad de la Administración Bush, es necesario conocer primero algo acerca del tipo de capacidades que EUA podría tener para asegurarse el acceso a las fuentes extranjeras de petróleo en un momento de crisis o conflicto. Esencialmente, tal acción requeriría contar con fuerzas bien equipadas y versátiles que pudieran ser enviadas a áreas distantes para proteger a un proveedor vital contra un ataque enemigo o un desorden interno, o para restablecer el control en un área productora de petróleo que cayera bajo el control de un poder hostil. Estas fuerzas también podrían ser convocadas para proteger los oleoductos, puertos, refinerías y otras instalaciones contra sabotajes o ataques.

En la jerga militar estadounidense, las formaciones destinadas a este tipo de actividades generalmente se identifican como fuerzas de “proyección de poder”; esto significa fuerzas que puedan ser transportadas desde bases en EUA y Europa a zonas de combate distantes y luego puedan abrirse camino en el área (si no hay bases amigas disponibles) o acudir en auxilio de un aliado asediado. Típicamente, se plantea que las fuerzas de proyección de poder deben incluir tanto unidades de combate terrestre como áreas destinadas a la penetración en territorio enemigo, más barcos y aviones que transporten a estas unidades a la zona de batalla. Las fuerzas de proyección de poder también incluyen bombarderos de largo alcance y plataformas navales –portaaviones, navíos de superficie y submarinos– usados para lanzar aviones o misiles contra blancos en tierra.

Es precisamente este tipo de fuerzas las que han tenido prioridad en los planes militares de la Administración Bush. Durante su primera campaña presidencial, George W. Bush prometió que al asumir la presidencia llevaría a cabo una amplia revisión de la política militar estadounidense e iniciaría la “transformación” de las fuerzas estadounidenses, de modo que estas estuvieran mejor equipadas para enfrentar los peligros del siglo XXI. Como estos peligros pueden surgir en cualquier punto de la tierra, el 23 de septiembre de 1999 Bush explicó, en su discurso en la academia militar *The Citadel*, que “en el próximo siglo nuestras fuerzas deben ser ágiles, letales, rápidamente desplegables, y deben requerir un mínimo de apoyo logístico”. En particular, nuestras fuerzas terrestres “deben ser más ligeras [y] más letales”, nuestras fuerzas navales deben ser capaces de destruir “objetivos desde grandes distancias”, y nuestras fuerzas de aire “deben ser capaces de atacar desde cualquier lugar del mundo con gran precisión”⁵³.

Estas prioridades dominaron la planificación militar estadounidense durante los primeros meses de la Administración Bush y establecieron el punto de partida para los requerimientos del futuro presupuesto militar. Desde una perspectiva estratégica, la expresión más significativa de esta visión estaba contenida en el informe de Revisión Cuadrienal de Defensa (*Quadrennial Defense Review-QDR*), difundida en septiembre de 2001. Muchos aspectos de la política militar estadounidense están incluidos en la QDR, incluyendo la seguridad interna, la defensa misilística nacional, la guerra informativa y el antiterrorismo. Sin embargo, de modo similar al discurso de Bush en *Citadel*, se pone mayor énfasis en reafirmar la capacidad de EUA para proyectar su poder militar en campos de batalla distantes. Según plantea el informe, “EUA debe retener la capacidad de enviar fuerzas bien armadas y con apoyo logístico a puntos críticos alrededor del planeta, aún frente a la oposición enemiga”⁵⁴.

Por lo tanto, hacia el final del segundo año de gobierno de la Administración la Casa Blanca había conseguido incorporar muchos de sus objetivos estratégicos a la doctrina militar formal. Como hemos visto, estos objetivos enfatizan la mejora constante de la capacidad estadounidense para proyectar su poder militar en áreas de disturbios —esto es, para fortalecer precisamente aquellas capacidades que serían usadas para proteger o ganar acceso a fuentes de petróleo externas. No puede comprobarse en este momento que esto haya sido el producto de una vinculación conciente entre las políticas de energía y seguridad; lo innegable es que el presidente Bush dio prioridad a la mejora de las capacidades de proyección de poder estadounidense exactamente en el mismo momento en que respaldaba una estrategia energética que supone mayor dependencia respecto del petróleo de áreas de crisis y conflicto recurrentes.

Lo que tenemos, entonces, es una estrategia articulada en torno de dos ejes que gobierna efectivamente la política estadounidense hacia buena parte del mundo. Si bien surge de dos tipos diferentes de preocupaciones —una ligada a la energía y otra ligada a la seguridad— estos dos principios estratégicos se han fusionado en un diseño único e integrado para la dominación mundial estadounidense en el siglo XXI. Cualquiera de estas dos preocupaciones puede jugar el rol principal en una situación particular, pero la combinación de ambas es lo que le dará el tono a la conducta internacional de EUA en las próximas décadas.

Claramente, esta no es una estrategia reactiva, sino que requiere de la acción decidida por parte de EUA para satisfacer sus crecientes requerimientos de energía. Como la dependencia estadounidense del petróleo proveniente del Golfo Pérsico, la cuenca del Mar Caspio, África occidental y América Latina crece, Washington se verá más profundamente involucrado en los asuntos políticos y económicos de los estados productores clave en esas regiones. Esto supondrá al menos lazos estrechos con los regímenes amigos de dichas áreas, y la presencia conspicua de empresas petroleras estadounidenses. En muchos casos, también implicará el envío de armas y asistencia militar a regímenes amigos. Y en los casos en los que haya una amenaza directa al flujo de petróleo, podemos esperar una intervención militar abierta.

Este patrón ha sido largamente evidente en el área del Golfo Pérsico. EUA declaró por primera vez su propósito de emplear la fuerza para proteger el petróleo del Golfo Pérsico en 1980, mediante la Doctrina Carter, y aplicó este principio por primera vez en 1987, con el “reembanderamiento” de los tanques petroleros kuwaitíes (equipándolos con banderas estadounidenses a efectos de permitir su defensa por parte de las fuerzas navales de este país). La guerra del Golfo de 1990-91 fue otra aplicación de este principio y lo mismo sucedió con la invasión estadounidense a Irak en 2003. Ahora estamos viendo la extensión de este principio a otras áreas del mundo de las cuales EUA se ha vuelto dependiente para proveerse de petróleo, incluyendo el Mar Caspio y Colombia. Si la experiencia estadounidense en el Golfo provee de alguna clave, esto resultará en el despliegue y el uso de las fuerzas militares norteamericanas en estas áreas.

No puede predecirse dónde y cuándo se pondrá a prueba este principio. Lo que puede afirmarse, sin embargo, es que la estrategia articulada en torno a los dos ejes estratégicos de la energía y la seguridad adoptados por la Administración Bush en 2001-2002 llevará casi con certeza a mayor intervención militar de EUA en las principales áreas productoras de petróleo. Esta intervención no necesariamente debe describirse como una “gue-

rra por petróleo”, pero la lógica subyacente de la estrategia de Bush será evidente para todos los que han seguido su desarrollo durante los últimos años. De hecho, “sangre por petróleo” se ha vuelto el rasgo dominante de la política militar de la Administración Bush.

NOTAS

- 1 Citado por Serge Schmemmann, “Controlling Iraq’s Oil Wouldn’t Be Simple”, *The New York Times* (02/11/2002).
- 2 Transcripción de una gacetilla de prensa del Departamento de Defensa, Pentágono (24/01/2003) <www.defenselink.mil> (revisado 27/01/2003).
- 3 Departamento de Energía, Energy Information Administration, “Iraq”, Country Analysis Brief <www.eia.doe.gov/cabs/iraq.html> (revisado 23/10/2002).
- 4 Ver antecedentes de la crisis energética de 2000–2001 y los remedios considerados por la Administración Bush en ese momento en Robert L. Bamberger, *Energy Policy: Setting the Stage for the Current Debate*, CRS Issue Brief for Congress, Washington, D.C.: Congressional Research Service, U.S. Library of Congress (13/08/2001).
- 5 Ibid., Robert L. Bamberger.
- 6 Spencer Abraham, “A National Report on America’s Energy Crisis”, comentarios ante la Conferencia Nacional de Energía (19/03/2001) <www.energy.gov> (revisado 24/04/2001).
- 7 “Remarks by the President in Photo Opportunity after Meeting with National Energy Policy Development Group”, Casa Blanca (19/03/2001) <www.whitehouse.gov> (revisado 5/03/2003).
- 8 Ver Richard A. Opiel, Jr., “White House Acknowledges More Contacts with Enron”, *The New York Times* (23/05/2003).
- 9 Ver antecedentes y la discusión acerca de estas opciones en *Strategic Energy Policy Challenges for the 21st Century*, Report of an Independent Task Force Sponsored by the James A. Baker III Institute for Public Policy of Rice University and the Council on Foreign Relations, Edward L. Morse, Chair (04/2001) <www.bakerinstitute.org> (revisado 21/10/2001).
- 10 National Energy Policy Development Group, *National Energy Policy*, Washington, D.C.: Casa Blanca (05/2001) (de aquí en más NEPDG, NEP 2001).
- 11 De la transcripción del discurso de Bush en el River Centre Convention Center, St. Paul, Minn. (17/05/2001), publicado por *The New York Times* (18/05/2001).

- 12 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, pp. 1, 3-4.
- 13 Ibid., Figura 2, p. x.
- 14 Ibid., Capítulo 8, p. 13.
- 15 Para una elaboración de este punto ver Klare, "The Deadly Nexus: Oil, Terrorism and America's National Security", *Current History* (12/2002) pp. 414-20.
- 16 BP, *Statistical Review of World Energy 2002*, pp. 4, 6.
- 17 Ver las proyecciones acerca de la producción de petróleo hasta 2025 en US Department of Energy (DoE), Energy Information Administration (EIA), *Internacional Energy Outlook 2003*, Tabla D4, p. 238 (de aquí en más DoE/EIA, IEO 2003.)
- 18 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, p. 4.
- 19 Ver antecedentes en Michael A. Palmer, *Guardians of the Gulf*, New York: The Free Press, 1992. Ver también Michael Klare, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, New York: Metropolitan Books, 2001, pp. 102-242.
- 20 Ver Palmer, *Guardians of the Gulf*, pp. 102-242.
- 21 US Congress, Senate, Committee on Armed Services, *Crisis in the Persian Gulf Region: U.S. Policy Options and Implications*, Hearings. 101st Congress, 2nd Session, Washington, D.C.: US Government Printing Office, 1990, pp. 10-13.
- 22 Ver detalles en Klare, *Resource Wars*, pp. 62-58.
- 23 Para la transcripción del discurso de Cheney, ver *The New York Times* (27/08/2002).
- 24 DoE/EIA, IEO 2003, Tabla D1, p. 235.
- 25 Neil MacFarquhar, "Explosions Rock Western Enclaves in Saudi Capital", *The New York Times* (13/05/2003). Para un análisis del contexto del malestar político en Arabia Saudita, ver Craig S. Smith, "Saudi Arabia Seems Calm, But, Many Say, Is Seething", *The New York Times* (24/03/2003); Douglas Jehl, "U.S. and Saudis Sensed Attacks were Imminent", *The New York Times* (14/05/2003).
- 26 Ver antecedentes de estos temas en Alfred B. Prados, *Saudi Arabia: Current Issues and U.S. Relations*, Issue Brief for Congress, Washington, D.C.: Congressional Research Service, Library of Congress (3/04/2003).
- 27 Ver antecedentes y una discusión acerca del tema en Kenneth Katzman, *Iran: Current Developments and U.S. Policy*, Issue Brief for Congress, Washington, D.C.: Congressional Research Service, Library of Congress (13/03/2003). Ver también David S. Cloud, "U.S. Iran, Stall on Road to Rapprochement", *Wall Street Journal* (12/05/2003).

- 28 Para una transcripción del discurso de Bush del 17/05/ 2001 ver *The New York Times* (18/05/2001).
- 29 US Department of Energy, Energy Information Administration, “Caspian Sea Region”, Country Analysis Brief (2/2002) <<http://www.eia.doe.gov/cabs/caspian.html>> (revisado 22/02/2002).
- 30 Ver antecedentes en Klare, *Resource Wars*, pp. 84-92.
- 31 “Visit of President Heydar Aliyev of Azerbaijan”, declaraciones del Secretario de Prensa, Casa Blanca (1/08/1997) <www.library.whitehouse.gov> (revisado 02/03/1998).
- 32 Ver antecedentes y una discusión sobre este tema en Klare, *Resource Wars*, pp. 88-92, 100-4.
- 33 Ver R. Jeffrey Smith, “US Leads Peacekeeping Drill in Kazakhstan”, *Washington Post* (15/11/1997). Ver también Klare, *Resource Wars*, pp. 1-5.
- 34 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, pp. 12-13.
- 35 Ver “The Yankees Are Coming”, *The Economist* (19/01/2002) p. 37; Jean-Christophe Peuch, “Central Asia: US. Military Buildup Shifts Spheres of Influence”, Radio Free Europe/Radio Liberty, Praga (11/01/2002).
- 36 Ver Chip Cummins, “U.S. Plans to Send Military Advisers to Georgia Republic”, *Wall Street Journal* (27/02/2002); *Oil and Gas Journal Online*, “Azerbaijan, Georgia Address Security Threats to BTC Pipeline” (23/01/2003) <www.ogj.pennnet.com> (revisado 24/01/2003).
- 37 Ver una discusión sobre el tema en Jim Nichol, *Central Asia's New States: Political Developments and Implications for U.S. Interests*, Issue Brief for Congress, Washington, D.C.: Congressional Research Service, Library of Congress (04/2003). Ver también Martha Brill Olcott, “The Caspian’s False Promise”, *Foreign Policy*, verano 1998, pp. 95-113.
- 38 DoE/EIA, IEO 2002, Tabla D1, p. 239.
- 39 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, p. 11. Ver también “Black Gold”, *The Economist* (26/10/2002) pp. 59-60; James Dao, “In Quietly Courting África, White House Likes Dowry”, *The New York Times* (19/11/2002).
- 40 Ver US Department of Energy, Energy Information Administration, “Nigeria”, Country Analysis Brief (1/2002) <www.eia.doe.gov/emeu/cabs/nigeria.html> (revisado 21/10/2002).
- 41 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, p. 11.
- 42 US Department of Energy, Energy Information Administration, “Angola”, Country Analysis Brief (11/2002) <www.eia.doe.gov/emeu/cabs/angola.html> (revisado 2/12/2002).
- 43 Ver “Nigerian Women, in Peaceful Protest, Shut Down Oil Plant”, *The New York Times* (14/07/2002); “Nigerian Troops Move Into Delta to put Down Ethnic Riots”, *The New York Times* (20/03/2003); Sarah

- Moore, "Nigeria's New Challenge for Big Oil", *Wall Street Journal* (26/07/2002); Norimitsu Onishi, "As Oil Riches Flow, Poor Village Cries Out", *The New York Times* (22/12/2002); Somini Sengupta, "Nigerian Strife, Little Noted, Is Latest Threat to Flow of Oil", *The New York Times* (22/03/2003).
- 44 US Department of State, *Congressional Budget Justification: Foreign Operations, Fiscal Year 2004* (2/2003) <www.fas.org> (revisado 27/02/2003).
- 45 Ver Antony Goldman and James Lamont, "Nigeria and Angola to Discuss U.S. Plan for Regional Military Base", *Financial Times* (4/10/2001); "U.S. Naval Base to Protect Sao Tome Oil", BBC News World Edition (22/08/2002) <news.bbclco.uk> (revisado 06/03/2003).
- 46 Spencer Abraham, Remarks before the Fifth Hemispheric Energy Initiative Ministerial Conference, México (8/03/2001) <www.energy.gov/HQ/Docs/speeches/2001/marss/mexico-v.html> (revisado 24/04/2001).
- 47 Ibid.
- 48 NEPDG, NEP 2001, cap. 8, p. 9.
- 49 Ibid., cap. 8, p. 10.
- 50 Ver "Venezuela Oil Woes Are Long Term", *Wall Street Journal* (14/02/2003); Juan Forero, "Venezuelan Oilman: Rebel with a New Cause", *The New York Times* (9/02/2003). Ver antecedentes acerca de la industria petrolera venezolana en US Department of Energy, Energy Information Administration, "Venezuela", Country Analysis Brief (12/2002) <www.eia.doe.gov/cabs/venez.html> (revisado 20/12/2002).
- 51 Ver antecedentes acerca de la industria petrolera colombiana en US Department of Energy, Energy Information Administration, "Colombia", Country Analysis Brief (05/2002) <www.eia.doe.gov/cabs-colombia.html> (revisado 29/05/2002).
- 52 Ver Juan Forero "New Role for U.S. in Colombia: Protecting a Vital Oil Pipeline", *The New York Times* (4/10/2002).
- 53 Discurso del gobernador George W. Bush en The Citadel, Charleston, Carolina del Sur (23/09/1999) <www.georgebush.com> (revisado 2/12/1999).
- 54 US Department of Defense, *Quadrennial Defense Review Report*, Washington, D.C.: DoD (30/11/2001) p. 43.